

EL ALACRÁN, AY, ME VA A PICAR

Antonio A. Guerrero Hernández

Cuenta regresiva

Me lo habían señalado de diversas maneras: “cuídate de los alacranes, pues se aparecen en los lugares más imprevistos”; “no es cierto, ellos anidan en la madera, así que elige bien el hotel”; “si te pican corre al médico, pues a mucha gente le han causado la muerte”, etcétera. Andaba absorto, así que cumplí con decirle a mis interlocutores que “sí, de acuerdo”, sin prestar mayor atención a sus recomendaciones.

Hay circunstancias de la vida, en la cuales las flechas venenosas que arrojan al mundo como prueba de rechazo, de distancia, se convierten en *boomerangs* que de pronto tienes frente a ti, apuntándote. Pequeñas diferencias convertidas en guerrillas inocuas que a veces transgreden la línea marcada por los otros; ruindades, arrebatos furiosos, borracheras inenarrables tras las que finalmente sobreviene la tormenta, y que le pegan a tu vida cotidiana, a tus rutinas y azares, a las relaciones que has establecido con tus cómplices y amistades... Situaciones, reflexiones: necesitaba escapar un rato, inventarme una distancia que me permitiera recobrar el aliento, el equilibrio. De cualquier modo todo vuelve a su curso, mas uno tiene que dar el primer paso para que ello ocurra

así. Por suerte surgió la oportunidad de cubrir una comisión de trabajo en Durango -ciudad desconocida por mí-, la cual acepté inmediatamente.

La brújula de los sueños

¿Qué sortilegio de la vida envuelve el viaje, que te mete en otros viajes, en el juego imprevisto del cambio de tiempos y distancias? Al paso de los kilómetros sentía que recobraba la respiración. Hice a un lado la lectura y mis ojos se posaron en el paisaje que cruzaba el autobús. Al contemplar los viñedos veía éstos y también me veía yo, arrancado de mi mundo ordinario, quitándole su tinte melodramático a los conflictos recientes, atizándole sueños a las piruetas de mi mente. Cambios de paisaje: también vagaba en el pasado y en el futuro. Iba rumbo a Durango y simplemente iba. Zacatecas, Fresnillo, Sombrerete, Villa Guerrero: puntos intermedios, simples nombres, lugares que el camino incorpora al paisaje interior.

Aviso oportuno

Cuando llegué a Durango me sentía bien, curado por el viaje. Y a plantarse en la tierra. Necesitaba buscar taxi, hospedarme y comer. ¡Comer! Eran las nueve de la noche y fuera de dos empanadas no había ingerido alimentos. Me instalé en el Nuevo Viscaya. Pasillos oscuros, hotel común y corriente. Hacía el superficial y rutinario reconocimiento de la habitación cuando vino a mí el recuerdo de las recomendaciones: “checa bien el cuarto, sacude las prendas antes de usarlas”. El hambre me vencía, así que dejé de lado cualquier meditación y me fui a la calle.

Engullía con presteza y singular entusiasmo unas carnes al típico estilo norteño, cuando vi salir de una planta colgada de una de las paredes a un pequeño alacrán. Ah, canijo, de veras que hay alacranes. Los tomaré en cuenta. Luego de caminar un poco por solitarias y amplias avenidas cercanas al hotel, llegué a la habitación. Tenía tanto sueño que ni tiempo hubo para las preocupaciones. Dormí de un tirón hasta la mañana siguiente. Y vaya: comenzaba la persecución.

Percepción remota

Habíamos dejado ya el estado de Zacatecas. Los faros del autobús me

permitieron divisar un letrero a orillas de la carretera, que anunciaba el estado de Durango. Cabeceaba, entre dormido y despierto, cuando observé que, sigiloso, un alacrán rondaba por una de las ventanillas; por suerte estaba fuera del vehículo. Intrigado posé mi vista en otros puntos del camión, y la intriga se convirtió en pasmosa evidencia: alacranes de todos tamaños buscaban la manera de entrar. Se lo comenté al vecino, el cual dio la voz de alerta a los pasajeros: los alacranes nos invaden, ¡sí, nos invaden! Le gritamos al chofer que no detuviera la marcha, pues en oleadas los alacranes intentaban entrar y atacarnos. Los pasajeros que dormían se despertaron, presas del pánico; en un momento los gritos se hicieron ensordecedores. Como podíamos, luchábamos por evitar el ataque. Al fin, fue vencida una ventanilla: la del chofer. Presagiamos nuestro fin. Algunos lloraban, alguien rezaba, y otros más se aprestaban a la defensa.

Yo extrañamente, escribía la historia en mi libreta.

No supimos cómo, pero de pronto un alacrán logró entrar al autobús—de seguro era el más osado. Luego fueron dos, tres, cuatro, cien, mil los invasores. Atacaron al chofer, el cual perdió el control del vehículo. Giramos todos como en un remolino, fuera de la carretera. Estaba sudando. “Puff, qué noche tan pesada, tan densa, tan persecutoria; no vuelvo a cenar así”. Eso me dije. Total, me metí al baño, dispuesto a olvidar todo. Había recibido ya el primer aguijón, con una trama y un final de cuento barato.

Distracción pasmosa

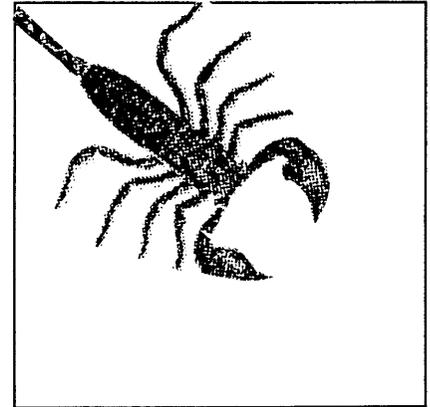
Cumplí mi trabajo sin problemas. La ventaja de conocer al entrevistador me facilitó todo. Recorrimos esa tarde las principales arterias viales de la ciudad, comimos. Recuerdo que yo le preguntaba por los atractivos de Durango, las influencias del norte, las muchachas, la actividad económica, cuando a bocajarro mi anfitrión me dijo: “fíjate que aquí no hay alacranes como en Chiapas; supon-

go que en las zonas rurales y boscosas sí los hay, pero en la ciudad no”. Si de algo no quería era hablar de los alacranes, pero bueno: jugábamos con el lugar común del anfitrión y el visitante. No había problema, así que conseguí que me hablara de las muchachas.

Pedimos unos cafés y un cenicero. Al poco rato, un alacrán cristalizado esperaba recibir la ceniza de los cigarrillos. El mesero notó mi sorpresa y sin que se lo preguntara me dijo que “por eso ya no hay alacranes; se los acabaron los que hacen llaveros y ceniceros”. Quise felicitarlo por tamaño exterminio, pero a cambio me ahorré las palabras y no le respondí; era lo mejor. Y qué horrible cenicero, y qué manera tan triste de suponer que ese objeto tenía un atractivo turístico. Pero cada quien con sus locuras. “Ya vámonos”, dijo mi anfitrión, que tenía que volver a su trabajo. Asentí, no sin antes pedirle que me dejara en el centro de la ciudad. Cambié de habitación y de rumbo: me hospedé en el hotel Reforma, que me gustó más que el anterior. Pregunté al recepcionista por qué había distintos precios en los cuartos y el muy taimado me respondió que porque las mejores habitaciones, televisión de color y vista a la calle incluidos, tienen el techo y las habitaciones forrados de madera; “se los recomiendo... bueno, siempre cuando no le tema a los alacranes”. Qué cinismo el suyo. Entonces le argumenté que, como me habían dicho en el restaurante, ya no hay de esos bichos en Durango y que, por lo demás, poco me importaba su presencia. “Bueno, siendo así le daré una de las mejores habitaciones de madera; que descanse”. Gulp. Pero estaba realmente agradable el cuarto, a pesar de los 40 watts del foco principal... y de la madera.

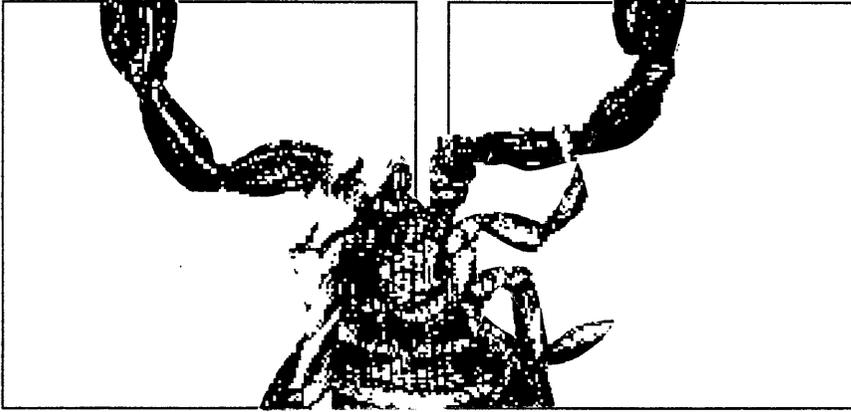
Actos de ilusionismo

Salí de mi ciudad adoptiva con la esperanza de refrescarme de mis últimas convulsiones cotidianas, de inflarme de aliento. El trabajo es un buen antídoto contra los pensamientos obsesivos—pensé—y el viaje un buen recurso para echar



a volar la imaginación, para atizarle nuevas vibras al presente, para llegar al punto en blanco. En el cuarto del nuevo hotel pensé hacer un poema. Empezaba a escribir las primeras líneas: “vago en el infinito sueño del tiempo...” cuando me distrajo una mancha en la pared. Agarré uno de mis zapatos, dispuesto a matar al intruso. Error. Era una simple mancha, causada por el agujero en el que debió haber habido un clavo. No quería recibir el aguijón. Salí a la calle, a empaparme un poco de ciudad en mi mente y mis sentidos. El poema, sobra decirlo, no fue continuado; el segundo renglón tal vez hubiera dicho algo así como “qué pinches obsesiones en las que me he metido”.

Subo a un camión sin reparar en su ruta; sólo me interesa estar arriba. Ahí adentro escucho un anuncio radial: “dicen los familiares del señor Joaquín Deras que el señor Joaquín Deras ya falleció y que lo están velando en su domicilio, en el rancho X del municipio Y”. El juego de la vida y de la muerte. En mi pueblo es fácil decir que “voy a la tortillería de mi difunto compadre Juan”. El compadre no se ha ausentado del todo, hasta que poco a poco las nuevas generaciones lo van reinventando. Aquí nació José Revueltas, uno de los autores literarios que más admiro. La contundencia de su *Luto humano*, de su *Valle de lágrimas*, de sus *Días terrenales*, ¿qué tanto se nutrió de sus primeros años duranguenses? ¿Qué tanto absorbió del sentimiento de fatalidad, de resurrección, de vida, que simbolizado en el alacrán ronda el sino



duranguense? No lo sé. Divago, me dejo llevar por la reflexión. De pronto reparo en que el camión ha llegado a las orillas de la ciudad. ¡El tiempo y el espacio se escurrieron con José Revueltas! La profundidad de su misticismo, de su honestidad, de su militancia política, de su resistencia, de su invención literaria, invaden mi pensamiento mientras viajo. No dudo que algún día le quieran erigir una estatua, o poner su nombre a alguna calle, y que tomen la iniciativa los hijos de quienes lo persiguieron e injuriaron. “Hasta aquí llego”, me dijo el chofer. Balbuciendo algunas palabras (“sí... este... sí me bajo”), de un brinco toqué de nuevo el pavimento, y me dispuse a esperar otro camión que anunciara su paso por el centro.

Vidas errantes

Los Tigres del Norte cantan durante el trayecto. La letra del corrido habla de un asesinato en el Espinazo del Diablo. En quince minutos estoy en el centro. Cruza frente a mí un jubiloso desfile de preparatorianos. Tiempo no me falta, así que me sumo un rato a su alegría, antes de internarme por los recovecos de las calles cercanas a la plaza principal. Restaurante El Socavón. Una trepa. Un tipo simpaticón, sesentañero, se sienta a mi mesa; luego se le suma un amigo, un poco más grande que él. “Parroquianos habituales”, me digo. Me platican de Durango y sus bosques, de la suerte de que Pancho Villa naciera por acá. Al momento que los escucho, tomando una limonada y fumando un

cigarrillo, me imagino exhalando el aroma de los pinos, mirando el verdor. “¿Cómo la ve?”, me dice mi informante, pidiéndome diálogo. Esto le respondí: “Qué hermoso sería vivir alguna ocasión en el bosque, recorriendo los pueblos como los cirqueros lo hacen, o como el cine ambulante del que nos habla un cineasta nacido en Durango, y cuyo nombre no recuerdo”. Mis interlocutores se sonrieron levemente y antes de dar pie a alguna suspicacia el más viejo me dijo que “sí, los bosques son maravillosos, pero para el que sabe vivir en ellos; la gente de la ciudad no tiene idea de las penalidades que siempre nos andan fregando”. Sin darme tiempo a mi argumento, terció mi otro acompañante, quien me invitó a que me fuera a alguna de las visitas guiadas que se hacen al interior del estado, “pero nomás cuídese de los alacranes”. De nuevo la burra al trigo. La plática no siguió más allá de unos cinco minutos. Me disculpé porque tenía que hacer una (falsa) llamada telefónica y les manifesté mi (verdadero) beneplácito por haber tenido la oportunidad de platicar con ellos.

Compás de espera

Pensaba caminar un poco más antes de entrar al hotel, pero el poco bondadoso clima, más el cansancio, me hicieron desistir. Ya en la habitación, prendí la televisión. Saddam Hussein y George Bush se hacían acusaciones y se amenazaban el uno al otro. Los israelitas asesinaron a 20 palestinos. Los palestinos

se aprestaban a tomar venganza por ese acto al que los israelitas también denominaron de venganza. La siempre detestable guerra, ahora a un tris de que se desate en el Golfo Pérsico. La muerte ruin, la condición destructiva del hombre, siempre en equilibrio inestable con la coexistencia y con el amor. No hay día en que no se hable de guerras, de conflictos armados. Así es nuestro mundo. La cotidianeidad, con todo y sus rutinas, siempre está alerta ante el eventual estallido de algún tipo de guerra. En fin, cambié de canal pero no hallé nada que me distrajera. Leí algo de la *La poética del espacio*, de Bachelard, antes de dormirme.

Permanencia voluntaria

Estaba recargado en la cama, contemplando a Saddam y a Bush. Sus muecas eran grotescas, sintomáticas de su pasión destructiva. Cuando reparé en su cuerpo, se comenzaba a perfilar su aguijón venenoso. “A otra cosa”, pensé, y me paré a apagar la televisión. Ésta no se apagó. Saddam y Bush se convertían poco a poco en alacranes y se aprestaban al combate. La pantalla mostraba ahora un ejército de alacranes secundando los gritos de cada mandatario. En nombre de Dios y del Conjunto del Mal la batalla dio inicio. Los aguijonazos destruyeron a miles de combatientes, hasta que el ejército de Saddam se rindió. Los vencedores, que habían dejado moribundos a los sobrevivientes, querían seguir peleando. “¿A quién atacar ahora?” “¡A los televidentes!”, contestó un soldado a su compañero. Yo reía de la ocurrencia. “Trastornos de la guerra”, me dije, pero al ver que salían en tropel de la televisión comprendí que no bromeaban. Traté de hablarles, de invitarlos a la cordura, pero todo fue inútil. Animalejos sordos. Aniquilé con la almohada a cientos de ellos, pero las fuerzas se me agotaban. Pensé en huir, pero al momento se me ocurrió algo mejor: el maleficio podía borrarse destruyendo la televisión. Así fue. Luego de aventar el buró, los bichos desaparecieron. Suena el timbre. “De seguro

llaman de la administración para cobrarme la tele”, me dije. “Bueno, sí”. “Son las seis de la mañana, señor”, escuché por el auriular. “Ah, sí, gracias”. “Paraservirle”. Vaya, puff, újule. Vámonos ya.

Exterminio

En la terminal esperaba la salida de mi camión. La inminencia del adiós me hacía reflexionar en esta pacífica ciu-

dad, donde no ocurre nada. Vaya que me estreuve, de tal modo que estaba curado de mis aflicciones. Ya no era el mismo de regreso a casa. A mil por hora los sueños ocultos de la ciudad me habían apesado. Llevaba en mí, como resultado de la visita, una energía vital, un veneno refrescante. Cuando anunciaron la salida del autobús me encaminé al andén cantando una canción que me enseñara mi abuela Jovita en los años de mi infancia: “El alacrán crán

crán/ hay, me va a picar./ Mata el alacrán abuelita,/ mávalo con una escopeta...”

Una canción inocente, ni duda cabe. Tan inocente como mi infancia.

